

—Ya ve vd., ahijado, continuó. Estudie vd. su idioma, la gramática, la... y sobre todo á Quintiliano.

Me despedí del conde pensando que era ya difícil cambiar el título, y sobre todo no me conformaba con ponerle á mi novela *El Prendadero del Diablo*.

Seguí, sin embargo, el consejo, y me propuse como el Sr. Perez, obispo de la Puebla, leer y aprender, si era posible de memoria, dos hojas diarias del Diccionario de la Academia Española; pero encontrando la empresa mas que árdua, me dirigí á Quintiliano, y á las primeras páginas que recorrí me encontré con esto:

«El lenguaje tiene por fundamento la razon, el tiempo, la autoridad y *el uso*.»

Corrí á dar parte al conde de la Cortina de mi descubrimiento, y aunque él argulló, y no se conformó y citó mil ejemplos, yo me retiré tranquilo, diciéndole: *ni metate, ni molcajete, ni petate, ni wagon, ni tender, ni xopilote, son palabras castellanas, y sin embargo el uso, el uso las autoriza, aquí está Quintiliano que es testigo*. Quedó, pues, á la novela el nombre de *Fistol del Diablo*, y yo con la conciencia mas tranquila.

Bien: se imprimió entonces una parte de ella en el folletín de un periódico; quedó sin concluir: despues de algun tiempo la terminé, sabe Dios cómo. Mis hijos me dicen que lo primero es muy bonito. Yo creo que todo es malo. En fin, se imprimió en unos siete tomitos. Se vendieron unos ejemplares, se perdieron otros. Muchos buscan la obra hace tiempo; me invitan para que la publique. Accedo á sus deseos, y he aquí una segunda edición.

MANUEL PAYNO.

México, Enero 12 de 1871.

I

La Conferencia.

ARTURO tenia poco menos de veintidos años: su fisonomía era amable, conservaba el tinte fresco de la juventud, y el aspecto candoroso que distingue á las personas cuyo corazon no ha sufrido los tormentos y martirios de las pasiones.

Arturo habia sido enviado por sus padres á educarse en un colegio de Inglaterra; y allí, entre los estudios y los recreos inocentes, se habia desarrollado su *juventud*, vigilada por severos maestros. Las nieblas de Londres, el carácter serio y reflexivo de los ingleses, y la larga separacion de su familia, habian hecho el genio de Arturo un poco triste y meditabundo. Conocia el amor por instinto, lo deseaba como una necesidad que le reclamaba su corazon, pero nunca lo habia experimentado en toda su fuerza; y excepto algunas señas de inteligencia que habia hecho á una niña que vivia enfrente de su colegio, y que de vez en cuan-

do se asomaba á la ventana, no podia con-
pañías amorosas. Concluidos sus estudios, regresó
México al lado de su familia, que si no era rica, poseía
bastantés comodidades para ocupar una buena posicion
en la sociedad. Al principio, Arturo extrañó las cos-
tumbres inglesas, la actividad, el comercio, y hasta el
idioma; mas poco á poco fué habituándose de nuevo
al modo de vivir de México, y notó, además, que los
ojuelos vivarachos de las mexicanas, su pulido pié y
su incomparable gracia, merecian una poca de aten-
cion. El carácter de Arturo se hizo algo mas triste, y
siempre que volvia de alguna concurrencia pública,
reñia á los criados; le disgustaba la comida, maldecia
al país y á su poca civilizacion, y concluia por encer-
rarse en su cuarto con un fastidio y un mal humor
horribles, cuya causa él mismo no podia adivinar.

Una de tantas noches en que aconteció esto, y en
que se disponia á marcharse al teatro, se quedó un mo-
mento delante de su espejo, pensando que si su figu-
ra no era la de un Adónis, podria al menos hacer algu-
na impresion en el alma de las jóvenes.

—Eh! dijo: estoy decidido á empezar mis campañas
de amor. He pasado una vida demasiado fastidiosa en
el colegio. Este cielo azul, estas flores, este clima de
México me han reanimado el corazon, y me dan fuer-
zas y valor para avojarme á una vida de emociones y
de placeres. Pero quisiera, no una querida, sino dos,
tres, veinte si fuera posible, pues tengo tanta ambicion
de amor en el corazon, como Napoleon la tenia de ba-
tallas y de conquistas.

Si yo consiguiera conquistar los corazones con amo-
res, continuó acabándose de poner los guantes; si tu-
viera cierto secreto para hacerme querer de todas las
muchachas, era capaz de hacer un pacto con el mismo
diablo.....

Un ligero ruido hizo volver la cabeza á Arturo, y se
encontró frente á frente con un hombre alto y bien
distribuido en todos sus miembros. Sus ojos grandes
y rasgados, sombreados por rizadas pestañas, ya bri-
llaban como dos luceros, ó ya relucian como dos ópa-
los; en su fisonomía habia alguna cosa de rudo y de
salvaje, á la vez que de agradable, que parecia parti-
cipar de la belleza de un ángel y de la malicia de un
demonio. Su cabello delgado y rubio, perfectamente
arreglado, caia sobre sienes y orejas y engastaba su
rostro de una manera graciosa. Vestia un trage ne-
gro; y un grueso fistol de diamantes, prendido en su
camisa blanquísima y de rica holanda, despedia rayos
de todos los colores del iris. Una cadenita de oro y ame-
tistas, asida á los botones del chaleco, iba á esconder-
se en la bolsa izquierda. No podia apetecerse hombre,
ni mas elegante ni mas bien presentado; y solo una
mujer, con su curiosidad instintiva, podria haber no-
tado que las puntas de las botas eran extremadamen-
te largas y agudas.

—Caballero! dijo Arturo saludando al recién llegado.

—Servidor vuestro, querido Arturo; contestó con
una voz afable el desconocido.

—¿Podré seros útil en algo?

—¿No es olvidado ya de mí?

—Quiero recordar vuestra fisonomía, repuso Arturo acercando una silla; pero sentáos, y hacedme la gracia de darme algunas ideas....

—Os acordais, dijo el desconocido arrellanándose en una poltrona, del Paso de Calais?

—Recuerdo, en efecto, contestó Arturo, que había un individuo muy parecido á vos, que reía á carcajadas cuando estaba á pique de reventarse el barco de vapor, y cuando todos los pasajeros temblaban de susto.

—Y recordais que ese individuo os prometió salvaros en caso de un naufragio?

—Perfectamente.... pero.... sois vos, sin duda, pues os reconozco, más por el hermoso fistol de diamantes, que por vuestra fisonomía.... Estais un poco acabado.... El tipo es el mismo.... mas noto cierta palidez....

—Bien, Arturo; puesto que haceis memoria de mí, poco importa que sea por el diamante ó por la fisonomía.... Soy el hombre que encontrásteis en el Paso de Calais, y creo no os será desagradable verme en vuestra casa....

—De ninguna suerte, interrumpió Arturo sonriendo y tendiendo la mano al hombre del Paso de Calais; mi casa y cuanto poseo está á vuestra disposición.

—Gracias, jóven; no os molestaré en nada, y antes bien os serviré de mucho. Platiquemos un rato.

—De buena voluntad, contestó Arturo sentándose.

—Decidme, Arturo; ¿no es verdad que actualmente en el amor?....

—En efecto, repuso Arturo :

pensaba en el amor; pero ya veis que es el pensamiento que domina á los veintidos años.

—Decidme, Arturo: ¿no habeis sentido un mal humor horrible los dias anteriores?

—En efecto, contestó Arturo un poco mas alarmado; pero tambien esto es muy natural.... cuando el corazon está vacío é indiferente á todo lo que pasa en la vida....

—Decidme, Arturo: ¿no es cierto que teneis en el corazon una ambicion desmedida de amor?

—Pere vos adivinai, interrumpió Arturo levantándose de su asiento....

—Decidme, Arturo: ¿no es cierto que antes de que yo entrara os mirábais al espejo, y pensábais en que vuestra fisonomía juvenil y fresca podria hacer impresion en el corazon de las mujeres?

—Es muy extraño esto, murmuró Arturo; y luego, dirigiéndose al desconocido, le dijo: Decidme: ¿quién sois?

—Quién soy?.... Nadie.... El hombre del Paso de Calais.... Pasadla bien, continuó levantándose de la poltrona y dirigiéndose á la puerta; nos veremos mañana.

—No; aguardad, aguardad, gritó Arturo; quiero saber quién sois, y si debo consideraros amigo ó enemigo....

—Hasta mañana, murmuró el desconocido cerrando tras sí la puerta.

Arturo tomó la vela y salió á buscarlo; pero en vano.... Ni en la escalera, ni en el patio habia nada....

todo estaba en silencio, y el portero dormía profundamente.

Arturo subió á su cuarto, se desnudó y se metió en su cama. En toda la noche se pudo borrar de su imaginación el extraño personaje que había adivinado sus mas íntimos secretos. Los ojos de ópalo del hombre de Calais, y su fistol de diamantes, brillaron toda la noche en la imaginación de Arturo.

Al día siguiente, los primeros rayos de la mañana, que penetraban débilmente por entre los *transparentes* de las ventanas de Arturo, disiparon las fatales ideas que habían turbado su sueño en la noche.

Ya mas tranquilo, tocó una campanilla y ordenó al criado que le trajera una taza de té, y entretanto tomó de su mesa de noche un tomo de Walter Scott. Se hallaba embebecido en lo mas importante de su lectura, cuando sintió que le tocaban suavemente las rodillas; volvió la cabeza, y se encontró con el hombre de los ojos de ópalo.

—Me alegro mucho de veros, caballero, dijo Arturo incorporándose en el lecho.

—Ya veis que cumplo exactamente mi palabra.

—Lo veo; pero ¿cómo habeis entrado? La puerta está cerrada, y el picaporte no ha hecho ningun ruido.

El desconocido, sonriendo irónicamente, contestó:

—Yo entro por las ventanas, por los techos, por las hendeduras: por donde quiera que puede pasar el aire, por ahí paso yo.

Arturo soltó una carcajada, y replicó:—Os quereis rodear de un aire tan misterioso y tan fantástico, que

no he podido menos de reirme. Dispensad la descortesía, y sentáos.

—Estais dispensado, jóven, dijo el desconocido sentándose en la orilla del lecho; mas decidme: ¿no habeis visto toda la noche brillar en la oscuridad de vuestro cuarto, mis ojos y el fistol que llevo en el pecho?

—Esto es demasiado! gritó Arturo incorporándose de nuevo, y tomando una pistola que se hallaba en su mesa de noche.

El desconocido, sin inmutarse, soltó una carcajada tan irónica, que desconcertó enteramente á Arturo.

Este puso lentamente la pistola en su lugar, y con voz ténue prosiguió:

—Caballero, me volveis loco. . . . habeis tenido tal atingencia en adivinar mis pensamientos, que si no me decís quién sois os veré con desconfianza.

—Jóven, agradeced mi prudencia. Anoche podia yo haberos revelado mi nombre, mi procedencia, mis viajes, mis aventuras, mis designios; pero consideré que la falta de la luz del día y la soledad en que estábamos, podia haber influido de una manera fatal en vuestro espíritu.

—Y qué quiere decir eso? preguntó Arturo mirando atentamente á su interlocutor.

—Quiere decir, que anoche hubiérais tenido mas miedo que ahora. . . .

Arturo sonrió irónicamente, y se dejó caer con enfado sobre los ricos almohadones.

—Quereis saber mi historia, jóven?

—No tengo otro deseo, y os escucho. ¿De qué patria sois?

El desconocido suspiró dolorosamente, y contestó:

—Mi patria era magnífica, espléndida: la desgracia no se conoce en ella; pero hace muchos años que estoy desterrado.

—Pobre amigo mio! exclamó Arturo con un tono de compasion tan natural, que los ojos del desconocido se humedecieron; mas inmediatamente se repuso, y con tono enérgico dijo:

—A qué recordar desgracias pasadas, y que no tienen remedio?

—Hace muchos años que viajais?

—Mi oficio es vagar por el mundo, y he recorrido desde los montes Urales hasta los Andes; desde el centro del África hasta el interior de los bosques del Norte-América.

Vaya! interrumpió Arturo sonriendo; sois entonces el Judío Errante.

—Ojalá! contestó el hombre del Paso de Calais; pero os haré una advertencia. El Judío Errante vaga continuamente, sin poderse detener jamas: en cuanto á mí, mas desgraciado que él, bajo otros puntos de vista, tengo una poca de mas libertad, pues me detengo donde me parece, y me traslado de un punto á otro segun lo exigen mis ocupaciones.

—Sois comerciante, ó propietario? preguntó Arturo.

—Os diré mi oficio: donde hay guerra civil, allí me dirijo á envenenar las pasiones, á aumentar los odios y los rencores políticos. Cuando hay batallas, me pa-

seo en medio de los fuegos y de la metralla, inspirando la venganza y la rabia en el corazon de los combatientes. Si se trata de diplomacia, me mezclo en las cuestiones de los gabinetes, y no inspiro mas que ideas de maldad, de engaño y de falsía. En cuanto al amor, hago de las mias, y mi mayor placer es mezclarme en intrigas amorosas. Donde veo un matrimonio feliz, arrojó la discordia: á dos amantes jóvenes y cándidos que se quieren como dos palomas, les inspiro los celos, y cambio su idolatría en profundo odio. Las viejas son el instrumento de que me sirvo: ellas siembran chismes, y se meten en enderezar entuertos, lo cual es bastante para que todo pase conforme á mis ideas. Ya veis, Arturo; así me vengo de mis infortunios; así olvido la memoria de una patria donde vivia dichoso como un ángel, y de donde salí para no volver á entrar mas en ella.

A medida que Arturo iba escuchando al desconocido, su semblante se ponía pálido y desencajado, sus brazos caian como descoyuntados sobre su pecho, y sus miradas, fijas y como petrificadas, no podian apartarse un momento de los ojos de ópalo y del fistol de brillantes del extranjero.

—Parece que no teneis gana de platicar ya, dijo este, mirando que Arturo guardaba un profundo silencio.

—Me llena de terror tanta maldad, caballero; y si considerara que son ciertas vuestras palabras, tendria que deciros que os marcháseis en el acto de mi casa.... Decidme quién sois.... os lo ruego.....

—Arturo; debíais ya haber adivinado mi nombre; pero puesto que teneis menos talento del que yo pensaba, sabed.....

—Vaya! dijo Arturo sonriendo.... ¿sois un personaje del otro mundo?.... Tanto mejor; así hareis que yo en materias de amor tenga un éxito sobrenatural.

—Os hablaré seriamente. El mundo es muy diferente de lo que pensais, y mas de una ocasion tendreis motivo de arrepentiros.....

—En cuanto á eso, nada me digais. Yo bien sé que en la vida hay sus pesares; pero vos exagerais..... Mas al caso: ¿quién sois? eso es lo que me interesa saber.

—Buena pregunta! contestó el extranjero soltando una carcajada que hizo estremecer á Arturo. El que causa todos los males del mundo; el que arroja la discordia donde quiera que hay paz; el que lleva á los hombres por un camino de flores donde hay ocultos áspides y abrojos, ¿quién puede ser?

—En efecto, un sér así, contestó Arturo, ó es un hombre muy perverso, ó el mismo diablo..... Arturo, al decir esto, notó que los ojos de ópalo y el fistol de diamantes relucian de una manera siniestra.

—Os deslumbra mi fistol? dijo el desconocido, sin darse por entendido de las últimas palabras de Arturo.

—Es un rico diamante, repuso Arturo, disimulando su emocion. Pero acabemos de una vez: ¿cuál es vuestro nombre?

—Sois muy imprudente, amigo mio, contestó con voz suave el hombre del Paso de Calais.

—Por qué?

—Mi nombre no puede pronunciarse sin espanto de los mortales: así es que para no destruir esa secreta simpatía que se ha establecido entre nosotros, vale mas no hablar sobre este particular.

—Vamos, caballero; habeis querido divertirnos conmigo. Ya veo que no soy todavía mas que un pobre estudiante. Vos sois un caballero rico, que pasea por todo el mundo, y se divierte. Como tengo fortuna, juventud, salud y un corazon bien puesto para el amor y para las aventuras, y quiero ser vuestro compañero, ¿cómo debo llamaros en lo sucesivo?

—Llamadme... llamadme... como gustéis: Rugiero, por ejemplo... es el marido de Laura en un drama de Martinez de la Rosa; y, por otra parte, un nombre italiano no le va mal al diablo.

Mas puesto que me aceptais por compañero, yo os prometo enseñaros el mundo, y hacer de vos un hombre de provecho. Mañana hay un famoso baile, y os presentaré á mas de una hermosura. Preparáos para comenzar vuestras campañas.

—Segun eso, teneis ya muchos conocimientos?

—Oh! muchísimos. Ya sabeis que los extranjeros tenemos una poquita mas de aceptacion con las mexicanas, y aunque no se sepa nuestra procedencia, ni la madre que nos parió, se nos abren de par en par las casas de mas tono. En cuanto á mí, paso por un rico y noble italiano, que viajo por satisfacer mi gusto, y tiro mi dinero, por parecerme á los mexicanos. Esto no es del todo mentira: soy noble y rico, y ade-

mas quiero ser vuestro amigo. Con que, mañana á las nueve de la noche vendré á buscaros.

—A las nueve os aguardo.

Arturo tendió la mano á Rugiero, y ambos se despidieron, como antiguos amigos.

Arturo tomó despues una gran taza de té con leche; se recostó en sus mullidos almohadones, y se durmió de nuevo, pensando en la carrera de flores y de ventura que se le abria.

II

El Gran Baile.

Rugiero fué exacto á la cita, y Arturo por su parte estaba ya á la hora convenida con su elegantísimo vestido, lleno de perfumes y con los guantes puestos. Ambos amigos se dirigieron al baile.

—Bellísimo edificio! dijo Arturo á Rugiero, al entrar al pórtico del teatro Nacional. ¿Os agrada, Rugiero?

—Hay monumentos mejores en Europa...

—Oh, indudablemente! Pero no deja de ser orgullo para un mexicano el poseer un teatro tan magnífico.

—Oh! en cuanto al orgullo, respondió Rugiero irónicamente, vdes. los mexicanos tienen el necesario para no pensar que mas valia un buen hospital y una buena prision, que no el lujo de un teatro rodeado de limosneros y de gentes llenas de harapos y de miseria. Pero no os incomodeis, Arturo: el teatro es, en efecto, magnífico y digno de llamar la atencion; y por otra parte,

mas negocios hago yo en una noche en esta clase de edificios, que en todos los hospitales del mundo. Venid, Arturo: examinemos todo lo que nos rodea.

Arturo siguió paseando á voluntad de su compañero.

Las columnas del teatro estaban adornadas de guirnaldas de laurel; multitud de luces, en vasos de todos colores, serpenteaban graciosamente por las columnas, y formaban en las elegantes cornisas graciosas figuras, que agitadas por el viento, ya se encendian y brillaban, ó ya un tanto opacas despedian su claridad de una manera indefinible y fantástica. En el patio habia distribuidos naranjos, dahalias, rosas, claveles, geranios y todo ese conjunto de hermosas y aromáticas flores que crecen en el clima de Méjico al aire libre y sin necesidad de invernáculos. El elegante peristilo y los amplios patios cubiertos con cristales estaban alfombrados: de los labrados barandales de fierro pendian lámparas cuya luz vivísima se reflejaba en los cristales de la cúpula del patio. La luz, el aire impregnado con el aroma de las flores, y la elegancia y gusto con que se hallaba adornado el exterior del edificio, predisponian á recibir esas sensaciones desconocidas de amor y de placeres indefinibles, que solo puede sentir el alma ardiente de un jóven.

Arturo seguia á su compañero sin hablarle una palabra. Algo preocupado, comenzaba á sentir ya esa fascinacion desconocida que se experimenta en una orgía.

—Parece que estais muy entretenido, Arturo? dijo el desconocido: mirad, mirad, continuó, señalando dos

jóvenes hermosas, que con unos vestidos de leve crepon celeste y sus blancas espaldas, mal veladas con transparentes chales blancos, se dirigian al salon, asidas del brazo de un caballero. Estas jóvenes iban dejando una atmósfera impregnada con el perfume del amor y del deleite.

—No es verdad, dijo Rugiero á su amigo, que la belleza tiene perfumes; que una mujer, solo se puede comparar á una rosa en su hermosura y en su aroma?

—Es verdad, contestó maquinalmente Arturo, respondiendo á su pensamiento interior.

—Mirad! Arturo....

Arturo volvió la vista hácia donde le indicaba su compañero, y casi se rozó con los vestidos de un grupo de jóvenes. Eran tan hermosas como las primeras; la misma fascinacion habia en sus rostros, el mismo amor en sus miradas, la misma gentileza en sus cuerpos esbeltos, la misma elegancia en sus brillantes trages de seda y de terciopelo!

—Oh! exclamó Arturo; son ángeles, ángeles!

Rugiero soltó una carejada de burla, que hizo estremecer á Arturo.

—Entremos, Rugiero; entremos, dijo Arturo asiéndole del brazo.

Rugiero y Arturo entraron al salon. El foro y el patio estaban unidos por medio de un tablado y entapizados con rica alfombra; los palcos estaban cubiertos con transparentes y primorosas cortinas; multitud de quinqués, candiles y candelabros de cristal, pendian del techo, pintado curiosamente. Las columnas relu-

cientes de estuco, de los palcos, adornadas con guirnaldas de rosas, sobresalian esbeltas y galanas, sosteniendo este gran salon. Enfrente del foro habia una especie de trono con un dosel de terciopelo y algunas ricas sillas de damasco y oro.

La orquesta preludiaba una danza: una línea de jóvenes hermosas, vestidas con un arte encantador, sonreían á una fila de elegantes, que con sus contorsiones, caravanas, movimientos y miradas, se esforzaban en competir en coquetería con sus bellísimas compañeras de baile.

Arturo acabó de fascinarse completamente, y apartándose con su compañero á un pasadizo, le dijo:—«Rugiero, mi corazón es un volcán; circula fuego por mis venas, mi frente se arde. Amo á todas; á todas las veo seductoras y lindas como los querubines: quisiera tener un talisman para avasallar todas esas voluntades, para mandar en todos esos corazones que laten altivos y orgullosos debajo de los encages y el terciopelo.»

—Rugiero se quitó su fistol de brillantes del pecho, y lo colocó en el de Arturo.—Ve, joven; dí tu amor á las hermosas; declárate, y conseguirás victorias esta noche. No podrás triunfar de todas, porque el tiempo es corto; pero haz lo que puedas. Al decir estas palabras, Rugiero se confundió y se perdió entre la multitud; y Arturo, confiado en su talisman, salió á la sala á poner en planta sus proyectos. Dirigióse inmediatamente á la joven del vestido de gasa, que tanto llamó su atención cuando pasó por el vestibulo cerca de él.

—Señorita; desearia tener la honra de bailar una contradanza con vd.

—Sírvese vd. poner su nombre en mi librito de memoria, le contestó sonriendo graciosamente y sacando de su seno una preciosa carterita de nácar.

Arturo apuntó su nombre, y devolvió la cartera, haciendo una cortesía, y significando á la joven su agradecimiento con una mirada expresiva.

Es muy bonito el nombre de vd., dijo la joven recorriendo con la vista la cartera.

—Si fuera tan hermoso como el rostro de vd., no apetecería mas en la tierra....

La joven miró á Arturo con interes, y con voz cortada y baja, le dijo:—Vd. me favorece.

—Con que la quinta contradanza? preguntó Arturo.

—La quinta es de vd., respondió la joven.

Arturo se retiró satisfecho, y no dejó de notar que la joven habia dirigido á hurtadillas una mirada á su fistol de brillantes.—Vaya, dijo Arturo; la primera á quien me he dirigido, es mia ya. Sigamos....

Arturo dió un paseo por la sala, examinando cuidadosamente á todas las señoritas, hasta que llamó su atención una joven. Vestia un traje de terciopelo carmesí oscuro, que hacia resaltar los contornos y blancura de su cuello. Su rostro era pálido, y al parecer enfermizo; grandes y melancólicos sus negros ojos, y su cabello de ébano engastaba su doliente fisonomía: podia decirse que aquella mujer más pertenecía á la eternidad que al mundo; más á la tumba que al festin y á la orgía; más á los séres aéreos y fabulo-

so que describen los poetas, que á los entes materiales que analizan los sabios.

Arturo se quedó un momento inmóvil y casi sin respiracion. La hermosura de la primera jóven lo habia enajenado; pero la fisonomía doliente y resignada de la segunda lo habia interesado sobremanera.

—Señorita, dijo Arturo con una voz tímida y respetuosa; ¿me daría vd. el placer de bailar alguna cosa conmigo?

—Caballero; estoy algo indispuesta, y me he negado á bailar toda la noche, excepto la primera cuadrilla con un individuo de mi familia; pero bailaré la segunda con vd.

—Gracias, señorita! gracias por tanta deferencia! contestó Arturo con acento conmovido.

Las señoras que estaban cercanas, sonrieron, y la jóven pálida se puso ligeramente encarnada. En cuanto á nuestro paladin, las miró con desprecio y dió la vuelta, satisfecho de los prodigios que obraba su talisman. Arturo recorrió dos ó tres veces la sala; mas no hallando otra jóven que le interesara, se resolvió á esperar la vez en que le tocara bailar con sus dos compañeras.

Rugiero le tocó el hombro y le dijo:—Parece que haceis muchos progresos. Dos jóvenes, las mas lindas que hay en esta sala, se han comprometido á bailar con vos; cuidado con el corazon.

Arturo volvió sorprendido la vista, para indagar de qué modo su amigo habia sabido tal cosa; mas oyendo preludiar la quinta contradanza, de un salto se pu-

so en medio de la sala y comenzó á buscar á su compañera.

—Encontré á vd. por fin, señorita, dijo Arturo mirándola y tendiéndole la mano. Las hermosuras, aun en medio de un baile, son como las perlas; se necesita buscarlas cuidadosamente.

—Riéndome estaba, contestó la jóven con desenfado y levantándose de su asiento, de ver cómo ha pasado vd. tres ocasiones delante de mí, sin verme.

—Es posible?

—Y muy posible; y además, la fisonomía de vd. expresaba una ansiedad grande; de suerte que si no me hubiera vd. encontrado...

—Probablemente habria tenido un malísimo humor el resto de la noche, interrumpió Arturo oprimiendo suavemente los dos deditos torneados que su compañera le habia dado, segun es de etiqueta en los bailes de tono.

—Es posible? preguntó la jóven dejando asomar una graciosa é irónica sonrisa.

Arturo quedó tan encantado de ver una línea de dientes blancos que aparecian entre dos labios frescos y suaves como las hojillas de una rosa, que no pudo responder y solo fijó atentamente los ojos en su compañera.

Esta se quedó mirándolo tambien, y tuvo que taparse la boca con su abanico para no soltar la carcajada.

Arturo se puso rojo como una amapola, y dijo entre sí:

—Soy un completo animal en esto de amores.

La jóven, como si hubiera penetrado su pensamiento interior, le preguntó con tono indiferente:

—¿Ha traído vd. á su esposa al baile?

—No soy casado, señorita.

—En verdad, soy una tonta, contestó la jóven, en hacer tal pregunta. Tiene vd. muy poca edad, y probablemente lo que hará ahora, será decir palabras de amor á tres ó cuatro á un tiempo; mas ¿tendrá vd. hermanas?

—Tengo padre y madre.

—Es una fortuna; yo tengo madre solamente: á mi padre lo perdí siendo muy niña. Al decir esto, la jóven inclinó la cabeza con profundo desconsuelo, y dió á su fisonomía un aire tan compungido, que Arturo, estrechando de nuevo los dos preciosos dedos que habia tenido buen cuidado de no abandonar, le dijo con voz tierna:

—¿A qué recordar en una noche de placer y de alegría estas cosas tan tristes?...

—Atencion! atencion! A una! gritó un viejo elegante que hacia oficio de bastonero....

La música comenzó, y á compás rompieron el baile todas las parejas.... Era una cosa que tenia algo de mágico el ver moverse en graciosos giros todas esas criaturas, con sus espaldas y cuellos blancos, sus hermosas cabezas adornadas con diamantes y perlas, sus fisonomías encendidas; el respirar la atmósfera balsámica que brotaba de aquellos grupos; el percibir de vez en cuando los piés pequeños y pulidos, que ligeros, apenas tocaban las flores de la alfombra; el adi-

vinar acaso otros hechizos que apenas descubrian los trages de seda, al volar airosos como los celajes de oro y nácar que vagan en el azul de los cielos.... Oh! un baile es, en efecto, espectáculo en que los hombres y las mujeres pierden la cabeza, y á veces el corazon....

Luego que la contradanza comenzó, la fisonomía de la jóven volvió á su habitual alegría, y tomando á su compañero se lanzó entusiasmada á bailar entre los mil grupos.

Cuando Arturo enlazó la flexible y graciosa cintura de su compañera; cuando su mano sintió el calor de la pálida y suave mano de la jóven; cuando, en fin, respiró el mismo aliento que ella, y procuraba beber su respiracion y el fuego de sus ojos, sintió que una especie de calosfrío recorrió súbitamente su cuerpo, que los vellos de su cuerpo se erizaron, que su corazon, cesando un instante de latir con regularidad, se golpeaba violentamente dentro de su pecho, y que un vértigo le acometia; algunas gotas de sudor frio corrieron por su frente, y su mano temblorosa y helada oprimia la de su compañera.

Esta, preocupada enteramente con el baile, solo notó que Arturo habia perdido el compás; y con voz dulce, pero turbada por la fatiga, le dijo:

—Parece que no os agrado mucho para compañera; estais distraido, y hemos perdido el compás.

—Ah! exclamó Arturo, saliendo con estas palabras de su enajenamiento; lo que tengo es que os adoro, que os amo, que sois mi vida, mi ángel!

—Apoyáos un poco en mi cintura para tomar bien

el paso, interrumpió la jóven, sin darse por entendida de las palabras de Arturo.

Este, obedeciendo á la insinuacion de su compañera, tomó perfectamente el paso; y como era diestro en el baile, volaba materialmente en union de la jóven.

—Está bien el paso ahora, señorita?

—Perfectamente.

—Dejadme ahora que os diga que sois mi vida, mi tesoro, mi amor. Oh! quisiera que la muerte me sorprendiera. . . .

—Oh! pues yo no; mucho mejor es bailar y vivir.

—Esa indiferencia me mata, señorita: decidme una sola palabra de consuelo.

La jóven, enajenada completamente con el baile, ó no escuchaba, ó fingía no escuchar los requiebros del fogoso amante, y seguía girando rápida y fantástica como una sílfide. Como había acabado de subir la contradanza, Arturo y su compañera quedaron de pié en la cabecera, y pudieron con mas tranquilidad continuar su diálogo.

—Señorita, volvió á decirle Arturo con la voz sofocada por el ejercicio y por la pasion; ¿tendrá vd. la bondad de decirme cuál es el nombre de vd.?

—Aurora, caballero. . . .

—Aurora! exclamó Arturo; Aurora! oh! es un nombre poético, bellissimo: en efecto, ninguno podia venir mejor á una criatura tan linda como una diosa!

—De veras? . . . interrumpió Aurora, con una sonrisa medio burlona.

—Positivamente, contestó Arturo, poniendo una ca-

ra tan sentimental, cuanto se lo permitia la agitacion del baile.

—Crea vd., caballero, que en este momento soy feliz. . . .

—De veras? interrumpió Arturo anajenado, oprimiendo dulcemente la cintura de su compañera. . . . y. . . .

—Positivamente, respondió Aurora; el baile es para mí una pasion. Cuando bailo, no me acuerdo ni del amor, ni de la desgracia, ni de nada mas que de que existo en una atmósfera diferente de la que respiro habitualmente en el mundo. Cada vuelta, cada giro del baile me causa una sensacion agradable; la música produce una armonía deliciosa en mis oidos; y en este momento, repito, el compañero que tengo á mi lado es solo un instrumento necesario para mi diversion.

Arturo no contestó nada: el entusiasmo y aun el calor del baile se le aplacaron, como si hubiera recibido un baño de agua helada.—Esta mujer es original, dijo entre sí. Con la mayor frescura me ha declarado que solo soy un instrumento para su diversion. . . . y este Rugiero, que me dijo que conseguiria triunfos y victorias! . . . Maldita suerte!

—Estais muy pensativo, caballero: ¿os ha fatigado el baile? le dijo Aurora con una voz suave y dirigiéndole una mirada expresiva.

Esta muestra de cariño disipó inmediatamente el mal humor de Arturo; y con el mismo tono de voz respondió:

—Estoy, en efecto, algo fatigado, no del baile, sino

de haberos hablado de mi pasión sin haber recibido respuesta alguna.

—Qué quereis, caballero? interrumpió Aurora; el baile me enajena; y, por otra parte, me parece cosa muy rara que acabándome de conocer me habéis con ese calor, y me tengais un amor tan vehemente.

—Y lo dudais, Aurora?

—Por supuesto que sí. He bailado esta noche con mas de seis jóvenes, y todos me han dicho una cosa idéntica; y á fé que no les he dado mas crédito que á vos. Pero aguardad, se me ha desatado una cáliga, y esto me impide seguir bailando. Sentémonos.

III

Una Cáliga y un Desafío.

Arturo, obsequiando la insinuación de su compañera, la condujo inmediatamente y con la mayor delicadeza á un asiento, y encontrándose otro vacío, tuvo, como se deja suponer, el cuidado de sentarse junto á ella, para continuar, si posible era, la amorosa conversacion que tantas interrupciones habia sufrido.

Antes de seguir dando cuenta de ella, y mientras que nuestra jóven se sienta como una reina, dando vuelo á su vestido, tomando un ligero y blanco chal para cubrir su cuello y espaldas ardientes, desplega su abanico para echarse viento, con la gracia y donaire propio de las mexicanas; daremos algunas pinceladas, que si no tracen su retrato, al menos den una idea de la gentil Aurora.

No cumplia diez y siete años. Su talle, flexible y airoso como una palma, no carecia de robustez y desarrollo, sin que en lo mas mínimo perjudicara á su

gracia y soltura. Cada movimiento de su cuerpo era diverso; cada cambio de su postura era una nueva gracia que podría descubrir el mas indiferente observador. Su pié, calzado con un zapato blanco, era defectuoso de puro pequeño, y en los giros y revueltas del baile, era delicioso percibir entre los encages y bordados del vestido interior, una pierna delicada, redonda sin ser gruesa, y cubierta de una media finísima y trasparente en las partes que ostentaba su rico calado.

En cuanto al rostro, Aurora no era lo que puede llamarse una miniatura; pero ¡cuánta gracia cuando abría sus labios para sonreír! cuánta expresion cuando sus ojos, llenos de brillo y de alegría, se movian para expresar alguna pasion ó algun deseo! ¡Qué preciosa cabeza redonda, perfectamente hecha, con un cabello blondo que caía en dos graciosas bandas sobre sus mejillas, dejando solo percibir un fragmento de las orejas, suaves y pequeñas. Completaba su peinado un *marabou* ligero y leve como la espuma, y una pequeña cadenita de oro enlazada en sus gruesas trenzas, recogidas con la mayor sencillez y gracia en la parte posterior de su linda cabeza, y haciendo resaltar mas la redondez exquisita de su cuello. El cútis de Aurora no era de ese blanco de alabastro, que es tan raro en los climas tropicales, sino de ese color que los pisa-verdes llaman *apiñonado*, y que es el mismo que el inmortal Murillo dió á las figuras de sus mejores cuadros. Ligera en sus movimientos, pronta y aguda en sus palabras, alegre, brillante como un colibrí, con la sonrisa en los labios, con la alegría y el amor en los

ojos, Aurora era una sílfide, una de esas pequeñas magas traviesas que recorren los palacios orientales en los cuentos de las Mil y una Noches, y que vuelan por los cielos de oro y de zafir del Eden de los mahometanos. Aurora parecia positivamente un sueño, una ilusion, y no una mujer material. Era necesario limpiarse los ojos, verla y volverla á ver, para cerciorarse de su existencia.

Ya podremos figurarnos cuánto amor, cuántos deseos, cuántas emociones despertaria Aurora en el alma de su compañero de baile!

Cuando Aurora se sentó, restregaba con disimulo en su mano el liston que habia arrancado de su calzado. Despues, con desenfado lo dejó caer.

Todo el mundo sabe de cuánta importancia es para un amante una cáliga, un cabellito, la cosa mas insignificante que pertenece á la mujer que ama. Arturo alzó el trozo de liston, lo acercó á sus labios, y lo guardó en la bolsa de su chaleco.

—Qué hace vd.? le dijo Aurora; van á observarnos.

—Beso el liston que ha tirado vd. y que ha ligado su primoroso pié.

—Basta ya! le dijo Aurora, dando un aire increíble de seriedad á su linda fisonomía: he permitido á vd. durante el baile que me diga flores, porque esa es la costumbre de todos los hombres; pero ya toma vd. la cosa con demasiado calor, y es menester terminar. Devuélvame vd. mi liston, ó tírelo, que al fin no pasa de una cosa bastante despreciable.

Arturo, que no aguardaba tal reprimenda de parte

de Aurora, quedó un momento como petrificado; mas recobrando poco á poco su sangre fria, le contestó con dignidad.

—Señorita; si vd. interpreta el ardor de mis palabras, como una falta de educacion, desde luego me arrepiento de haberlas pronunciado, y doy á vd. la mas humilde satisfaccion; pero ya que hemos entrado á un tono serio, le repetiré que lo que he dicho, sin ser escuchado, me lo ha dictado el corazon. No tengo, en verdad, derecho de ser creído, ni menos de ser amado; ¿pero me permitirá vd. que la vea alguna vez despues de esta noche? ¿será vd. tan cruel, que la primera ocasion que nos vemos, me deje la dolorosa idea de que la he disgustado? No son palabras de amor las que dirijo á vd., es una satisfaccion la que le doy; y no quedaré contento si vd. no me asegura al menos su amistad.

—No vale la pena lo que ha pasado, para estar incómoda contra vd., contestó Aurora con su ligereza habitual, y dando á su fisonomía su aire risueño; pero luego vdes. mismos, despues que se divierten con las pobres mujeres, las llaman frívolas y coquetas.

—Oh! jamas diré eso de vd., Aurora.

—Y por qué no? al menos las apariencias me condenarán. No amo á nadie; gusto del baile y de la bro-ma: mi edad, aunque no mi figura, me rodea de jóvenes; á todos hablo, con todos rio, con todos bailo... Vea vd.; justamente aquí viene á sacarme para las cuadrillas el señor D. Eduardo H***

Aurora se levantó de su asiento y dió la mano al

nuevo compañero; pero antes se inclinó coquetamente, casi al oido de Arturo, y le dijo:

—Tire vd. esa cinta.

—Jamás se separará de mi corazon, contestó Arturo en voz baja.

Aurora sonrió; su compañero le dijo:

—Tenemos nueva conquista, Aurora?

—Oh! ya sabe vd. que diariamente hago una docena. Estará vd. celoso?

—Y mucho, le dijo el nuevo galan.

—Bailemos, bailemos, le dijo Aurora, sin hacer caso de las últimas palabras de su compañero.

Arturo siguió con los ojos á la hermosa Aurora, y cuando se confundió entre la gente que ocupaba el centro del salón, se levantó de su asiento, y con un mal humor visible se salió á una de las galerías, encendió un habano, y cabizbajo se comenzó á pasear sumergido en profundas cavilaciones. Arturo, á lo que creia, estaba apasionado locamente de Aurora.

Llevaba un gran rato de pasearse, cuando advirtió, á pesar de su distraccion, que un jóven de negros bigotes y perilla, tez morena, ojuelos chicos, pero negros y vivarachos, y que vestia el uniforme de la caballería ligera de línea, y llevaba en sus hombros las divisas de capitán, seguía su misma direccion, y en cada vuelta procuraba detenerlo y rozarse con él.

Arturo levantó los ojos y miró resueltamente al capitán de caballería.

Este, por su parte, puso una mano en la cintura, mientras con la otra jugaba con las borlillas de su

cinturon; y con aire burlon y una maligna sonrisa, se puso, á su vez, á mirar á Arturo.

—Vaya! dijo Arturo á media voz; es un fatuo: volvióle las espaldas y continuó su paseo.

—Vaya! dijo el capitán, también á media voz, es un cobarde; volvióle las espaldas y continuó su paseo.

A la siguiente vez volvieron á encontrarse, y se arrojaron ambos una mirada terrible.

Esto se repitió dos veces. A la cuarta, Arturo había ya perdido la paciencia, y se resolvió á tener una explicación con el singular capitán.

—Parece, capitán, le dijo Arturo, que mi presencia le incomoda á vd.; y como á mí me sucede otro tanto, sería bueno que uno de los dos despejara.

—En ese caso, haré que despeje vd., no solo la galería, sino el edificio, pues toda la noche me ha estado vd. incomodando, y no deseo sufrir más.

—Desearia ver, le replicó Arturo, sonriendo á su vez irónicamente, cómo despeja vd. la galería y el edificio.

—De esta manera, gritó el capitán colérico, é intentando asir á nuestro jóven por el cuello de la cascaca.

—Silencio! le dijo Arturo enseñándole el cañon de una pistola; si se atreve vd. á tocarme, le parto el cráneo.

El capitán se contuvo.

Arturo prosiguió:

—He venido prevenido, ¿no es verdad? Ya sabia yo que hay en México mucha canalla que deshonor las divisas militares que porta.

—Es un insulto dirigido á mí, caballero? dijo el capitán, pálido y tembloroso de la cólera.

—Como vd. guste.

—Muy bien. En ese caso, es menester que nos veamos.

—Cuándo?

—Mañana.

—A qué hora?

—A las seis de la tarde.

—Dónde?

—En el bosque de Chapultepec.

—Es un paraje público.

—De allí iremos á otro.

—Corriente.

—Corriente.

El capitán se marchaba; pero Arturo lo tomó del brazo y lo llevó á un lugar más apartado, pues algunos curiosos comenzaban á observar.

—Estoy dispuesto á todo lo que vd. quiera, capitán; pero deseo saber qué motivo ha tenido vd. para provocarme, pues no puedo concebir en vd. tan poca educación.

—En efecto, replicó el capitán con desenfado; el modo ha sido brusco; pero cuando se detesta á una gente, todos los medios son buenos, y yo detesto á vd. con toda mi alma.

—Sea en hora buena, y por mi parte está vd. desde ahora correspondido; pero deseo al menos saber el motivo de ese odio.

—En dos palabras se lo diré á vd.

—Hable vd.

—Estoy enamorado locamente de esa mujer con quien ha bailado vd., con quien ha platicado toda la noche. He visto que ha guardado vd. un liston de su calzado; en fin, caballero, quiero la sangre de vd., su vida: así, es un desafío á muerte.

—Muy bien, capitán, dijo Arturo con alegría, estrechándole la mano. Estoy contento con vd.; me gustan los hombres de un carácter resuelto. ¿Qué armas?

—No deseo que este desafío sea una farsa, como sucede siempre en México; así, yo llevaré mi espada y vd. la suya: en cuanto á padrinos, será menester excusarlos; combatiremos solos.

—Perfectamente, dijo Arturo; por mi parte no habrá farsa. Me he educado en Inglaterra, y allí los hombres que se desafían, combaten.

—Mañana á las seis, en los arcos de Chapultepec.

—No faltaré, respondió Arturo.

Convenidos así, el capitán salió del vestíbulo del teatro, y Arturo entró al salón, acordándose de que tenía su palabra comprometida para bailar con la otra señorita de quien hemos hablado.

Al entrar al salón, Aurora, que salía, casi tropezó con Arturo, y acercándose á su oído le dijo:

—Todo lo sé; y si me ama vd., no comprometa un lance; el capitán Manuel es un calavera; pero mañana á las seis habrá cambiado de humor.

Arturo, sorprendido de que Aurora estuviese enterada de todo, le preguntó:

—Pero, Aurora, ¿quién ha podido imponer á vd.

de una conversacion que yo creo no ha escuchado nadie?

—Rugiero, su amigo de vd.

Al oír este nombre, Arturo se puso pensativo; pero Aurora se quitó una flor que tenía prendida en el vestido, y con una sonrisa amorosa le dijo:

—Vamos, Arturo, tenga vd. un recuerdo mio, pero obedézcame. Fio en vd. Adios.

Aurora desapareció entre la multitud, en compañía de un vejete prendido y almibarado como un Adónis, y que prudentemente se había hecho á un lado mientras pasaba el corto diálogo que acabamos de referir.

IV

Fin del Baile.

La cuadrilla que tocaba á nuestro jóven bailar con la segunda compañera, comenzaba á preludiarse por la música; así es que aquel recorrió el salon para buscar á su pareja, y la encontró efectivamente en su asiento, con el mismo aire triste y doliente.

Arturo, sin decirle una sola palabra, le tendió la mano. La jóven, haciendo un esfuerzo, se levantó de su asiento, exhalando un ligero quejido, y presentó á su compañero una manecita blanca como un alabastro.

—Parece que sufre vd. algo, señorita, le preguntó Arturo con interes.

—Continuamente, caballero, le contestó con una voz ténue, pero del mas dulce y apacible sonido.

—Si no fuera indiscrecion, podria preguntar á vd. ¿qué mal es el que tiene?

—El pecho, caballero, me hace sufrir algunas veces; los médicos me curan diariamente, pero jamas me alivian.

La jóven suspiró; al suspiro siguió una tos suave tambien, como el acento de su voz.

Arturo llevó á su compañera al lugar correspondiente; y mientras que se organizaban las cuadrillas pudo contemplarla con despaçio.

Tendria veintidos años; su cútis era blanco, limpio y pulido como el de las cabezas de mármol de los antiguos maestros italianos. Sus labios eran un poco pálidos y sombreados por un leve bozo; sus grandes y rasgados ojos negros estaban llenos de sentimiento y de melancolía, y sobre sus párpados resaltaba una sombra morada: su cabello, como el ébano, daba mas interes á su rostro. En la voz, en los movimientos de esta mujer habia un no sé qué de misterioso, que interesaba sobremanera. Arturo olvidó en aquel momento á Aurora, y solo pensaba en contemplar aquella figura que formaba un contraste con la alegría, con el amor, con el entusiasmo que reinaba en la concurrencia que habia en la sala.

Las cuadrillas comenzaron; Arturo sintió que la mano de su compañera estaba helada y temblorosa.

—Si sufre vd., nos sentaremos, señorita, le dijo:

—El baile me distrae un poco, caballero, y ahora estoy mejor.

En cuanto la ocasion lo permitió, Arturo se atrevió á entablar de nuevo la conversacion con la jóven.

—Sus males de vd. me afligen sobremanera, porque tan jóven, tan hermosa como es vd., debe sufrir mucho al verse así... desgraciada.

La jóven suspiró profundamente.

—Señorita; el interes que vd. me inspira, me mueve á preguntarle su nombre.

—Teresa, caballero, servidora de vd.

—Gracias, señorita. Desearia ser á vd. útil en algo.

—Mil gracias, respondió á su vez Teresa: ¿quién podrá decir que no necesita de otro? continuó; y además, la finura y la educacion de vd. lo recomiendan.

Arturo estaba encantado. Las cuadrillas se acabaron; pero un cierto temor anudaba las palabras de Arturo en la garganta, y no pudo decirle mas que frases comunes; así es que solo sacó una tarjeta de la bolsa y la ofreció á Teresa.

Esta costumbre, usada en Europa, pareció á Arturo que debia generalizarla aquí. Teresa se alarmó al principio; mas viendo que la tarjeta solo contenia el nombre impreso, la guardó, dando las gracias á Arturo y despidiéndolo con una triste sonrisa.

Habian ya dado las doce de la noche; el telon se alzó, y apareció una espaciosa mesa de mas de cien cubiertos, toda llena de vasos exquisitos de cristal y de jarrones de blanca porcelana, llenos de ramos de flores, cuyo olor se mezclaba con el de los perfumes de las damas y de los generosos vinos.

Los caballeros tomaron á las señoritas del brazo para conducir las á la mesa. Arturo, desolado, buscaba á Aurora; pero no tardó en saber que se habia marchado. Acordóse entonces de Rugiero; y habiéndole encontrado, se colocaron en un lugar á propósito, para ver pasar todas las parejas que se dirigian á la mesa.

—Cáspita! dijo Arturo á Rugiero; este capitán tiene

tino para enamorarse de las mismas mujeres que yo. Ved.

En efecto, el capitán Manuel daba el brazo á Teresa, y ambos platicaban con el mayor interes.

—Es una historia de niños, que mas tarde sabreis, amigo mio, le dijo Rugiero; por ahora, veamos.

—Al fin, mañana á las seis combatiré con el capitán, contestó Arturo, y me las pagará todas juntas....

—Bravo! interrumpió Rugiero; hemos comenzado perfectamente: *una flor en la casaca y un desafio*. Seré vuestro padrino.

—No; el capitán no quiere padrinos.

—Os asesinará entonces.

—Bah! dijo Arturo con desprecio y frunciendo los labios; he aprendido la esgrima en Lóndres, mejor que las matemáticas, y.... Pero ahora que recuerdo, ¿cómo escuchásteis nuestra conversacion, que Aurora....

—Estaba detrás de la cortina, pues vdes. descutian cerca de la puerta, y sin querer lo oí todo.

—Más por qué razon lo dijisteis á la muchacha?

—Bah! Sois muy tonto: un desafio es un motivo para hacerse interesante con cualquiera mujer de estas que concurren á los bailes, á los teatros y á los banquetes.

—Teneis razon, Rugiero: sois mi maestro, y os estoy muy agradecido, dijo Arturo estrechándole la mano.

La mesa presentaba un aspecto encantador. Escuchábanse mil palabras confusas, cortadas, confundidas con el ruido de los cubiertos, con el estrépito del hirviente champaña que de las brillantes copas de cris-

tal pasaba á los labios de rosa de las jóvenes. Mil manos blancas y redondas aparecian en movimiento, mil rostros, encendidos con el placer, se descubrian de uno y otro lado en la espaciosa línea que presentaba la mesa, y que terminaba en un medio punto para volver á extenderse en una doble direccion paralela, hasta donde lo permitia el salon que estaba formado en el foro y adornado con cortinajes transparentes y vistosos.

Arturo y su compañero dieron una vuelta al derredor de la mesa, tropezando con los mozos que traian los pavos, los vinos y las jaletinas, con no poca dificultad.

Arturo notó á Teresa un poco mas triste y pensativa: dos jóvenes la obsequiaban; pero ella rehusaba sus atenciones con una fria política. El capitán Manuel no estaba allí.

—Es singular esta mujer, pensó Arturo, y debe ser muy desgraciada.

—Las señoras mexicanas son demasiado modestas y sóbrias, dijo Rugiero; comen poco, y casi nada beben; pero en cambio.....

—Pero en cambio, qué? interrogó Arturo amoscado.

—En cambio, contestó Rugiero con calma, hieren sin consideracion los corazones de los jóvenes.

Arturo sonrió, sin dejar de observar á la interesante Teresa.

La mesa concluyó pronto; pues en los grandes bailes de México, se ponen mas bien por lujo, y las señoras por ceremonia toman algo de los manjares y apenas acercan á sus labios las copas de vino. No sucede

así con los hombres, pues algunos se arrojan con un furor bélico á los platos, despues que se han retirado las señoras, y hay quienes tienen la sangre fria necesaria para guardarse un pavo en el faldon de su casaca y llenar su sombrero de pastillas y pastelitos.

Así que solo quedaron los tristes despojos de la mesa, y que terminó la sangrienta batalla que trabaron los concurrentes con los inocentes pavos y los durísimos jamones, la sala se volvió á animar con la concurrencia; los músicos, con el humo del champaña, soplaban con mas vigor en los instrumentos; y algunos pisaverdes y militares de dorados uniformes, cuyo estómago se hallaba satisfecho, abandonaron su fingido aire de gravedad y tomaron el tono amable y jovial, propio del carácter mexicano, y que, en honor de la verdad, se debe confesar que por lo general no degenera en grosería, ó liviandad.

Arturo bailó con dos ó tres jovencitas, á las cuales no dejó de echar sus flores, que fueron recogidas con agrado; pero no interesándole ya ninguna, pues Aurora y Teresa se habian marchado, se sentó en una silla colocada en un rincon, adonde á poco fué á reunirse Rugiero.

—Vaya! decidme francamente, le dijo Rugiero, ¿qué tal os ha ido en el baile?

—Francamente.... mal, contestó Arturo; deseos irrealizables, celos, tormentos amorosos, fatigas, desaires; esto no puede llamarse diversion, sino martirio. Rugiero sonrió irónicamente, y dijo:

—Este es el mundo, Arturo; y mientras mas andeis

en él, mas delicias tendreis.... semejantes á las de esta noche, se supone..... Pero dejemos eso, y contentáos con besar vuestra rosa, á falta de otra cosa mejor.

Arturo, con la obediencia de un niño de escuela, besó dos ó tres veces la rosa, y la volvió á colocar en el ojal de su casaca.

Rugiero rió maliciosamente, y acercándose mas al jóven, le comenzó á hablar en voz baja.

—Qué locos y miserables son los hombres! dijo; el que se considera con mas experiencia, no es mas que un niño. Creedme, Arturo: en el mundo se necesita descargarse de ese fardo que se llama conciencia; una vez conseguido esto, se abre al hombre una carrera de gloria, de amor, de honores, de distinciones y de riquezas. ¿Veis aquel hombre que se pasea orgulloso y erguido, y á quien una multitud de fátuos y de pisaverdes siguen y colman de atenciones? Pues su fortuna la ha conseguido especulando con la sangre de los infelices, adulando á los ministros, haciendo oficios rastreros y bajos, al lado de los grandes personajes. Si alguna infeliz vieja entra en su casa, el portero la arroja de la escalera, los perros la muerden, los lacayos la burlan, y nuestro hombre, sin dolerse de su miseria, le dice con voz insultante: *No tengo; váyase vd. de mi casa.* Este hombre va, en seguida, y se arrastra como un reptil, con los que necesita; pero todo esto no importa, él ha conseguido su fin: tiene carrozas, caballos, criados, palco en el teatro, y es lo bastante para que toda esta sociedad, que no quiere mas que el aparato y las ex-

terioridades, y que desprecia altamente las virtudes privadas, lo honre, lo admita en su seno y lo colme de distinciones. Cualquiera de los miserables que andan con los grillos al pié, en medio de las filas de soldados, tiene menos delitos que este hombre; pero.... así es el mundo y así es la vida, jóven. Como este hombre hay mas de una docena en la sala.

Mirad aquel viejo general lleno de bordados y de fatuidad: cualquiera diria que es uno de esos valientes que rodeaban á Napoleon en los tiempos de su gloria. Pues en las pocas acciones donde la casualidad lo ha colocado, siempre ha quedado á retaguardia, porque en él la prudencia se ha sobrepuesto siempre al valor, y sus ascensos los ha conseguido especulando, en nombre del pueblo y de la libertad, con las discordias civiles; esto le ha valido una reputacion colosal, y ha sido honrado, confiándosele puestos en el Estado, que debian estar reservados á la virtud y á la honradez. Pero así es el mundo, y así la vida, jóven.

Veis aquel viejo? sus dientes han caido y están sustituidos por el dentista; su cabello ha emblanquecido, pero está sustituido con una peluca, y su cuerpo acaso está en lo interior lleno de vendajes y medicinas, pues lo único que sobrevive en este hombre, á quien va abandonando la carne, es la avaricia y el amor físico. Es magistrado; á él le están confiados los santos derechos de la justicia que los gobiernos deben administrar á los hombres; pero lejos de amparar al huérfano, á la doncella ó al desvalido, lo que hace es dejar al huérfano sin tener que comer, seducir á la doncella

y mandar al diablo al desvalido. Sin embargo, no hay cargo público que no se le confie; no hay familia que no le entregue sus tiernas hijas; no hay gobierno que no le consulte sobre los puntos mas graves de la administracion. No os canseis, Arturo; jamas habrá entre los mexicanos una felicidad duradera, mientras los escándalos y la inmoralidad se toleren, desde el camino real hasta el ministerio, desde el palacio del gobierno hasta el centro del hogar doméstico.....

Pero ved otra cosa digna de atencion: esta gran señora que pasa ahora junto á nosotros, llena de perlas y diamantes, es una historia entera de escándalo y de maldad. La sogá de diamantes se la ha regalado un ex-conde.... los aretes un rico comerciante; todos los dias muda amantes, como trages; el marido tiene todas las noches una inocente tertulia de tresillo, que le produce para mantener el coche y el paleo, y la hija acompaña á la madre á todas las orgías y los paseos del campo. ¿Qué queda, pues, de una mujer, cuando desnuda de toda belleza, lleno su rostro de arrugas y marchita por los años, se ven las viciadas inclinaciones de su alma?

¿Creeis, Arturo, que entre todas estas mujeres que bailan, y que se hallan como ébrias con el placer y el deleite, se puede sacar una inocente esposa, una buena madre de familias?

¿Creeis que los que han dado este baile aman á ese gran magnate, que tiene como sujetos á un hechizo á ocho millones de habitantes? La adulacion y el interes son los únicos sentimientos que dominan en estos

hombres, y cada uno calcula que los mil pesos que ha gastado le producirán veinte ó treinta mil.

¿Creeis que esos diplomáticos, de bordados uniformes y cruces en el pecho, que se pasean del brazo con los generales, aman al país y están interesados en su prosperidad? Pues nada de eso; en el fondo de su alma detestan á los mexicanos; y sin acordarse de la infancia de sus pueblos, y de los errores de sus revoluciones, pintan á nuestra patria como si fuese habitada por salvajes y asesinos.

Y esas mujeres que veis que se abrazan, que se dan al despedirse amorosos besos en las mejillas, ¿creeis que se aman? Pues se detestan cordialmente; el peinado, el traje, el calzado, es entre las mujeres un motivo de odio y de envidia, como lo es entre los hombres el talento, el dinero ó los empleos.

Nunca hay mas enemistad entre la sociedad, que cuando, como ahora, espléndida y brillante, se reúne al parecer para divertirse, pero en la realidad para especular y aborrecerse....

Arturo permanecía absorto y pensativo, y estas palabras de Rugiero parecia que le quitaban una venda de los ojos, y que una por una iban deshojándose todas las flores de su corazon: en su enajenamiento le parecia que las luces se opacaban; que la belleza de las mujeres se desvanecia; que los hombres aparecian armados de puñales y prontos á despedazarse; que los graciosos giros del *valse* eran una danza fantástica é infernal, y que la música, al exhalar sus armonías dulces, tenia un tono que desgarraba el corazon. Cuando